

29. ENTRE LOS MAYAOS LENENSES Y LAS MAJADAS LEONESAS: DEL ALTO' L PALO AL BRAÑICHÍN

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Alto' l Palo (portillas de La Cubilla), sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** El Brañichín, sobre las 6 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** La Vachota, El Puzu, El Muñón de l' Agua, La Campa los Anxeles, La Fontona (donde nace el río Lena, según los payarriegos), El Alto' l Negrón (el de verdá), La Cruz del Ciegu, La Pena' l Barral (Pena Negra), El Alto las Rubias, La Carbazosa, Coleo, Cuitu Nigru, El Brañichín...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-alto, por la duración de la ruta (unas 8 horas). No hay subidas mayores pronunciadas, ni pasos difíciles, pero la ruta es larga.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** pleno verano, con los días más grandes y sin nieblas.
- **TIEMPOS:** unas 8 horas, para "leer" los parejas despacio. Los vaqueiros hacen el mismo recorrido en cuatro.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Son casi las diez de la mañana y, aunque a codazos, el sol se va haciendo paso entre las nieblas. Las brumas, cada vez más difusas en torno a Pena Tolóbriga, nos inclinan a soñar en un día grande y soleado: al otro lado de las portillas se columbran ya las camperas completamente despejadas.

Entre el aroma de la *oreganina*, al otro lado de la *raya* y las *canciechas*

Pasada la *raya* divisoria con los pastos del Puerto Mieres, tomamos la dirección este, siguiendo la pista hasta las próximas portillas: las que dan paso al puerto de La Vachota.

En todo este tramo, bajo las intensas piedras rojizas de La Magrera (árabe **almagra**, 'la arcilla

roja), recogemos algunas flores de *oreganina* (parecida al oriégano, pero de tallo más corto, casi a ras de suelo). Las abundantes matas de *oreganina* (entre violeta y moradas), aromatizan por julio arriba aquellas tierras *bermeyas* de un monte con *pedra fierro*.

Otra vez abrimos y cerramos *canciechas*, y dejamos que continúe la pista puerto adelante. Un poco más al surdeste ahora, descendemos por el canal del Carbayal, a la derecha y abajo. Ya no quedan aquí *carvayos*, *rebochos*. Así vamos cruzando la prolongada campera que motivó el nombre de La Vachota (lat. **valle** + **alta** > **auta** > **outa** > **ota**). Un 'valle' (antes nombre en femenino) ciertamente 'alto'.

Es pleno verano, y los tupidos pastizales se animan, ya a estas horas tempranas, con múltiples

corros de ganados: algunos se apiñan sobre los picachos, buscando el frescor de la altura; otros se tumban en los rellanos de las praderas, con las cabezas más bien orientadas a la brisa del norte o nordeste. Bien saben los ganados elegir los aires.

Los ecos de la leyenda y de las mozas babianas en El Puzu la Vachota

A la derecha dejamos El Muñón del Agua: el estirado crestón calizo, partido en dos por el *boquerón* que da paso a los vecinos pastos leoneses, en un tiempo más litigiosos a uno y otro lado de *la raya*.

Dejamos también El Puzu la Vachota: aquella sima entre las rocas, donde hoy resuena alborotado el revuelo de unas cuantas *glayas*, al tiempo que chillan dentro los polluelos pegados a las grietas del precipicio en forma de sumidero.

Y resuenan también los ecos de la leyenda en El Puzu la Vachota. Nos cuentan los vaqueros la historia de dos mozas que se dirigían hacia tierras castellanas: perdidas entre las nieblas habían caído al pozo; dos días más tarde, sólo reaparecieron sus collares y otras joyas más abajo, sobre las aguas de La Caviyera, en el valle de Foz.

Una versión parecida circula en El Puzu Chago (sobre Brañavaleira). En este caso se ha de tratar de una versión más de las leyendas por dirimir el litigio de las aguas vertientes entre leoneses y lenenses (la otra es la de *la poxa*, ruta 26).

Hacia El Vache la Muyerona: la tierra *mutsar* ('blanda, *chamarguiza*'), sin *muyer* alguna, por supuesto

Con los ecos de las leyendas, las joyas y las mozas (tal vez, sólo engalanadas por la imaginación de los vaqueros), arrimamos por la vertiente derecha de la pendiente, hacia La Campa los Anxeles (siempre buscando el este). A la izquierda vamos dejando Viguina Charga ('vega' bien 'larga'), Cuayos (sucesión de pozas embudiformes entre aquellas calizas, *covayos*), La Chamargona (suelo *chamarguizo*)...

Poco a poco, el sol golpea las sienas y la vaguada. Ascendemos al surdeste por el canal que los vaqueros de Valgrande llaman El Vache la Muyerona; los de La Vachota, en cambio, aplican La Muyerona (antes *La Mutserona*) al valle que desciende por el oeste, tras La Campa los Anxeles, hacia El Muñón de l'Agua.

La divergencia de referentes se da, por tanto, desde la cima: cada puerto inclina La Muyerona a su vertiente. En todo caso, el nombre nada tiene que ver con *muyer* alguna: como en otros casos asturianos, ha de tratarse de una interpretación deformada de los suelos *motsares* ('blandos, *chamarguizos*'), como son en este caso.

Y hay una prueba evidente: en Lena una *vaca motsarina* es la que tiene 'la ubre blanda'. En el caso de los suelos: una tierra lamiza, en lodazal. Aquí está, según los payariegos, el nacimiento del río Lena: en La Fontona. No opi-

nan así los del Güerna, claro, que lo sitúan en Las Fanas (ruta 36).

La Cruz del Ciego: un cruce de senderos en un *mayáu* casi escondido en la cima (casi '*ciegu*', en el decir de los vaqueros)

Con el recuerdo de otras *Mutseres*, y *Mutserinas* (que nada tienen de *muyeres* ni *mucheres*), ascendemos sobre el valle lamizo de La Muyerona, sobre La Fontona, que hace también de abrevadero. Cruzamos la cima y descendemos por la vertiente derecha del Alto'l Negrón (hoy desplazado por los mapas de la Autopista casi hasta L'Ablanea).

Siempre buscando el este, llegamos a La Cruz del Ciego (unos 1750 m altura): bifurcación de senderos en la cima divisoria con las majadas leonesas. Nos asomamos también a la collada para apreciar a la izquierda El Mayéu Ciego: pequeña campera empozada sobre el canalón que baja al Fasgar (ambos, discretos, 'ciegos' igualmente, al paso por los cordales).

Bajo El Meyéu Ciego está El Siirru l'Ayalga: peñasco saliente adornado con algunas leyendas de vaqueros, que trabajaron ilusionados a destajo en las horas libres de la braña, por si algún tesoro les llegara a sacar un día de la esclavitud de los ganados. Allí parece que ha de seguir la misma *ayalga*, esperando a otros brañeros con ilusiones renovadas.

Desde La Cruz del Ciego entendemos mejor el nombre, simple-

mente a imaginar. La posición empozada del *mayáu* entre las alturas más pronunciadas a la sombra del Negrón (el de verdad), no permite que la pequeña campa sea percibida desde ninguno de los puertos fonderos (Cuayos, El Pedroso, Fasgar...).

El lugar queda, en consecuencia, completamente *ciego* a la vista del contorno. Pero con una consecuencia negativa para los vaqueros: cuando las vacas seestean allí agazapadas, no son percibidas desde otros puntos vecinos; de modo que hasta allí ha que subir el dueño para evitar las dudas (y desde las cabañas, hay unos cuantos *reblagos*).

En cuanto al nombre de La Cruz que se juntó al topónimo, sobran, también, otras imaginaciones (religiosas o no). Se trata de una imagen simple (entonces, muy familiar) para señalar la bifurcación (o confluencia, según se mire) de los senderos: a Cacaviellos, Caldas, Robleo... La leyenda de un *ciegu* que se perdió, etc., no ha de pasar del sano intento en busca del topónimo.

A la izquierda y al este de La Cruz del Ciego, siguen los caminos de los vaqueros por los cordales asturianos; a la derecha, al oeste, en cambio, se desvían los cordales y las veredas a las majadas de los pastores de Cacaviellos.

El Salegar ('lugar de salgueros'), El Cabril...

Refrescados y agradecidos por las aguas más que frías en el arro-

yo de La Cruz del Ciego, seguimos la senda que rodea al monte El Cabril por la vertiente leonesa. Bajamos un poco por la senda, para luego continuar más bien en *yano* (podíamos seguir abajo por los senderos, pero no queremos rodear).

Así cruzamos El Salegar: zona de *pedregales* que los vaqueros nos traducen como 'lugar donde los *cazuros* echaban el sal a las merinas' (lo derivan de *sal*). Pero no parece aquí adecuada la interpretación popular.

Antes de la costumbre *del sal* a los ganados (g. masc. en asturiano), ya había de existir el topónimo: El Salegar más parece referido a los *salgueros*, los sauces (lat. **salix-salicis**), que un tiempo fueron abundantes entre aquellas alturas de *carbás* tan roqueñas. Todavía hoy, los *salgueros* son casi los únicos árboles que sobreviven

como pueden en estos altos, después de tantas quemadas cada otoño o primavera.

Y una primavera más, de nuevo a levantar la *cabana* en la *braña*

Rodeado El Cabril por la vertiente derecha, damos en La Cochá'l Barral: otra espaciosa collada que cae justo sobre las *cabanas* de la *braña* del Barral (algunas semiderruidas ya), un poco más abajo, en las estrechas praderas del valle que sigue a L'Ablanea, Valgrande...

Nos detenemos de nuevo, dueños por un rato de la collada, a observar los movimientos del valle. Por ejemplo, contemplamos en medio del *mayéu* del Barral, una escena repetida todas las primaveras: un *vaqueru* acaba de llegar con sus ganados, y ha de repa-



De paso entre la *carquexa* y las *gorbizas* más solanas del Negrón

rar su cabaña; la nieve, las *valanchas*, suelen llevarse los *tapinos del teyao*, *rompen los puntales, fuyen goteras...*, de modo que hay que reparar el *techu* para la estancia veraniega (cada año más ocasional, menos prolongada).

La senda *caniecha* ('canosa, cana') de La Pena'l Barral

Seguimos ruta con el detalle de aquella trabajosa vida veraniega en las *cabanas* (tenemos un recuerdo para las que hay ya hasta con *virutex*, *parqué*, *tele*, *cochera*...). Miramos monte arriba cómo se empina la vereda (algunos y algunas, un poco de reojo), calculando fuerzas para la cima siguiente en pleno sol del mediodía. Desfilamos poco a poco, por la senda que zigzaguea sin contemplaciones desde la collada hacia la cumbre siguiente: La Pena'l Barral. (Un camino más ancho y largo rodea la peña por la cara leonesa).

A medida que se eleva se vuelve blanquecina (*oxiza*) en algunos tramos. Se va cubriendo de piedras como mármol, trilladas con los pasos cautelosos de los vaqueros por la pendiente, y con el peso de los ganados en su ir y venir a los *miriaeros* más altos en busca de los aires más frescos.

Nos explicamos ahora por qué a los senderos de este tipo blanquecino llaman, en estos pueblos, una *senda caniecha*: siempre blanca ('canosa, cana'), reluciente en la distancia, arenosa, un poco *nidia*, a veces *resbalosa* (sobre todo en la bajada).

La Pena'l Barral de los vaqueros, reconvertida en El Negrón por los mapas de la Autopista

Por fin, incluso bien de fuerzas a pesar de la *calisma*, damos en la cumbre del Barral (trastocado en El Negrón por los mapas de la Autopista). Y el error se ha generalizado contra el entorno morfológico de estos altos.

En efecto, el nombre del Negrón, según los vaqueros, nada tiene que ver con el túnel actual: en principio, El Negrón original sólo es la cima alomada y saliente sobre Cuayos, La Chamargona, El Fasgar, La Cruz del Ciego, La Muyerona... casi limítrofe con La Vachota. Ése fue (y sigue siendo) el nombre en el lenguaje de estas brañas.

Con la nueva Autopista del Güerna, se llamó El Túnel del Negrón a lo que siempre fue La Pena'l Barral. En cualquier caso, entre el originario Alto'l Negrón y el postizo Negrón sobre el túnel de hoy, el aspecto de toda la sierra es uniforme ('de vegetación oscura'), sobre todo a la vista del paisaje por junio arriba. En una parte, de ahí la confusión: de la otra, un deterioro ambiental entre tantos otros.

La oscuridad de un nombre a l'aveseo, en contraste con los tonos alegres del poniente leonés

El entorno del Negrón (el no manipulado), y toda la sierra has-

ta El Barral, es, ciertamente, una cadena sinuosa de cimas con unas notas comunes: por la cara norte y noroeste, el cordal ofrece una coloración oscura, entre piedra muy parda y musgosa, con *gorbizos*, *gorbizas*, *urcias*, *peornos*, *mofa*...; un verde casi amarronado, de floración escasa y tardía. Un evidente aspecto sombrío ('*ave-seo*'), incluso en días de sol como el que llevamos.

La cara este y surdeste de la cadena, la que mira a los pueblos leoneses, en cambio, ofrece un mosaico bien contrario: numerosas *carquexas*, tupidos *ergumales*, *peornales* (*bolagas*) *urciales*, *gorbizales*..., de intensos tonos amarillos, azulados, blanquecinos, violáceos, morados, opalinos, ocreos..., siempre eufóricos desde la primavera al otoño bien entrado.

El contraste de tonos y colores en ambas vertientes de un mismo monte, no pudo menos de enfren-tar los nombres. La misma senda de la cima no fue trazada al azar por los propios animales: rehu-yendo los rigores del norte, la vereda busca siempre la cara este, surdeste, o suroeste (vertiente leonesa). Casi nunca la cara norte. El trazo de la andadura discurre, así, retirado de las corrientes y de las brisas de la cima.

Basta la prueba, en pleno verano incluso, como vamos hoy: tan sólo a un par de metros de la cresta, o por la cara norte, la andadura se refresca (o molesta por la brisa) en pleno sol. Retirados lo suficiente del filo de la cresta, al poniente, agradecemos el camino. El

Negrón lleva lo *ave-seo* hasta en cada letra nombre.

El nombre de *Bildeo*, entre las ramas del 'abedul' por los arroyos

Cuando son las dos de la tarde, repletos de distancias y de parajes por ambos lados, vamos dejando La Pena'l Barral, y descendemos en zigzag por una senda cada vez más oculta entre las retamas. Se van cerrando estos caminos al tiempo que disminuyen los ganados.

Unos trescientos metros abajo, llegamos al manantial del Prao Fuentes (ladera leonesa): un chorro suave que brota frío entre unas piedras, tras los últimos abedules del regato de Bildeo en dirección a Caldas. Nos refrescamos y repone-mos fuerzas a gusto sobre la pradera que rodea la fontana.

Y sobre las cuatro, retomamos la cima del cordal. Aún quedan unos cuantos pasos al Brañichín. Poco a poco, arrimamos en dirección este, sobre la cabecera del valle a Bildeo, que también lleva el nombre a flor de suelo: toda una vaguada de *abidules* (*Betula alba* Coste), que reverdecen el paisaje leonés ya agostado en el verano.

El color de Las Rubias, y los tonos del arbolado por ambas vertientes de la raya

Salimos al alto del cordal, justo sobre Las Rubias, por encima de L'Ablanea, ya en la vertiente le-

nense. Allí siguen en pie un par de *cabanas*, bajo las tierras húmedas y *argaxaizas* de la braña; entre amarillentas y rojizas. Ellas motivaron el nombre de Las Rubias (en realidad, 'tierras *roxas*').

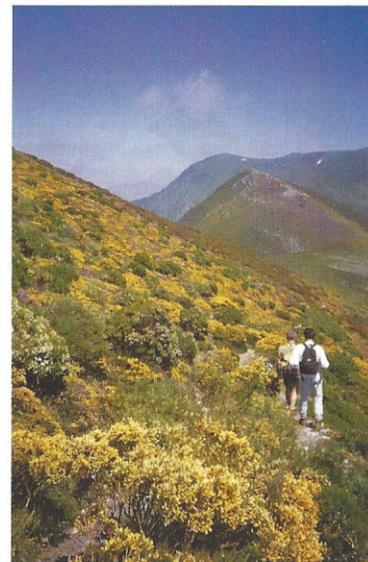
Siempre a un par de metros de la cima por la *fastera* de Bildeo, seguimos con los contrastes: a la derecha, al sol, *abidules*, *rebochos*... poco más; a la izquierda, más a la sombra y a la humedad del norte, los tupidos *fayotales*, robledales, *acebales*, *carrascales*... de Valgrande. Allí encaramado, El Picu Agúa: escarpada serraspera puntia-guda, que arrespiga en el nombre.

La Carbazosa, Tira Cornales, La Carba los Burros...

La senda sigue casi horizontal hasta La Cochá la Carbazosa, por el lado derecho y soleado de la loma. Como en la collada tampoco paran las moscas (sopla una fuerte brisa del nordeste), nos asomamos el tiempo justo para contemplar las últimas *cabanas* entre unos pastos abundantes, todavía no andados del ganado, en el que destacan las *carbazas*, las *paniegas* (nombre de la braña).

De la Cochá la Carbazosa (siempre buscando el este), ascendemos hacia la *fastera* inclinada de Tira Cornales. La senda es inconfundible, y, en poco más de media hora, nos refrescamos con gusto sobre *el último neveru*, a pocos metros de la cima por El Picu Coleo.

A la izquierda dejamos La Carba los Burros: peligrosa ladera so-



La otra *floría soleyera* por la vertiente leonesa de Bildeo

bre los roquedales enmohecidos con la humedad de Valgrande. Una verdadera trampa verde, casi siempre mortal, para los ganados más atrevidos de la braña. Como siempre, quien más pierde *nun será el xatu*, sino el *paisano* —como lamentan los vaqueros. Una *carba pa cuidar los burros*, y sólo hasta que se *farten* —que es para lo que se usaba.

Con luz suficiente para ver los "adornos" *furrumientas* en lo alto de una braña

La ruta, se va alargando. En la depresión siguiente, pasamos bajo los parapetos de las antenas y otros cables de Cuitu Nigrú. La niebla nos va robando poco a poco el sabor de la altura al filo de

los senderos. De sopetón, los crujientes chirridos de unos cables de alta tensión, a pocos metros del suelo, nos avisan del comienzo de las pistas.

Con un pequeño rodeo en torno a las antenas de Cuitu Nigru (mirando sólo al suelo, pues otra cosa no nos permite la *nublina*), tenemos luz sobrante para contemplar los “adornos” de la loma: *cables furrumientos plantaos onde hubo yerba, latas de sardinas oxidás, chapas retorciás, sacos de cemento fechos piedra pa abonar la prera, plásticos royíos del tiempu y del ganao, botes de coca-cola arreventaos, bastones de esquiao-res partíos al medio, ladrillos esmigayaos, azulejos, cristales una y mil veces fechos trizas...*

Nos sobra luz en la *nublina*, *pa lo que hay que ver*.

Y El Brañichín

Seguimos entre la niebla (¿para qué más *claridá*?) por la senda que cruza la campa de Cuitu Nigru en dirección surdeste. Descendemos por la cresta divisoria entre leoneses y lenenses camino del Escubiu, bajo La Ventosa (ahora reconvertido y acicalado en Valle del Sol).

Cada vez un poco más al este y al nordeste, siguiendo desde las nubes (nunca mejor dicho) las pistas sobre el regato, damos de frente con la cafetería del Brañichín cuando van a ser casi las 7. Una ruta sin desperdicio, aunque un poco larga.

30. EL CEYÓN: DEL ALTO PAYARES A PENDILLA, DE PICU EN PICU SOBRE LAS BRAÑAS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Alto Payares, sobre las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Pendilla, sobre las 5 de la tarde (se hace en la mitad de tiempo).
- **PARAJES DE INTERÉS:** Ceyanca, El Ceyón, Los Chagos Negros, El Portiichín d’Escuenas, El Picu las Garayas, Siirru Miriu, El Cantón de Chagüezos, Propinde...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-bajo (sólo algunas pendientes hasta El Ceyón).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** cualquiera, sin trabes de nieve que exijan rodeos o pasos peligrosos por neveros.
- **TIEMPOS:** los que se piensen emplear (la ruta se hace bien en 5 horas).

DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos del Alto Payares sobre las nueve de la mañana (ya habíamos ido a llevar un coche a Pendilla, con vistas a la vuelta). Desde la atalaya del Hotel, observamos los vaivenes de las nieblas que ascienden bulliciosas desde los *fayeos* de Valgrande, y voltean decididas la raya del Parador.

Entre los caprichos de la *nublina* y el sol de La Meseta

A juzgar por los remolinos de la *nublina* en dirección sur, auguramos un buen día para los senderos. A todo más, la niebla se ha de mantener alta: sabido es que la cumbre del Ceyón, incluso en días de calma, con frecuencia mantiene una espesa capa que ya no se quita en todo el día (*la gorra del Ceyón*, que dicen los vaqueros).

Oteamos la subida por las lomas divisorias de leoneses y lenenses (unos 30° al nordeste): justo donde se van diluyendo las nieblas

agobiadas por el sol de la Meseta. Subimos ligeros por la campera La Govia, animada a estas horas tempranas por los ganados que pastan a destajo. Parece que también ellos prevén los rigores del mediodía en los altos.

En pocos minutos damos con la senda que zigzaguea por Monío en la cara leonesa, a pocos metros de la vertiente divisoria. A nuestra derecha se dibuja, al fondo, la Abadía de Arbas: un edificio en piedra rojiza relativamente conservado, lugar de tantas leyendas (algunas muy lastimeras) en la historia de estos pueblos altos nacidos entre reglas monacales. Las recuerdan bien vaqueros que hoy ya no suben a las brañas.

Los líquenes que anuncian los aires no contaminados de la altura

A medida que ascendemos (siempre con esos 30° nordeste), se ensancha la senda y disminu-

yen las retamas. Unos cuantos líquenes, más bien grisáceos y un tanto filamentosos, junto al *senderu*, nos indican lo ajena que está la contaminación por estos altos –asegura Daniel, que entiendo mucho de esto–. Seguimos, así, rellenando de altura los pulmones.

Un poco más arriba, desde el rellano de Bezmuy (tal vez, de Bermudez), divisamos, entre las idas y venidas de la niebla, el cantizal del Ruchu, sobre la explanada de La Chinariega y Las Morteras (abajo, sobre Payares).

Y desde el rellano siguiente, Ceyanquina (a esta hora ya ocupado por unos cuantos ganados al sesteo), entre los caprichos de la *nublina* se abren los pueblos del valle: Payares, San Miguel (al fondo), Yanos de Somerón (a la derecha)...

La pendiente ser inclina, poco a poco, sobre los *miriaeros* de Ceyanca. Y a medida que nos aproximamos al Ceyón, los últimos pedreros de la cresta parecen decorados con nuevos líquenes, de un tono entre amarillento y verdoso ahora, por toda la cara surdeste del roquedal divisorio. Volvemos a saborear la pureza de los altos en los signos del *pedreru*.

La querencia de los ganados, siempre al filo de los altos

Ya casi al filo de la cumbre del Ceyón, en Tramospuertos (entre los puertos, de Lena y de Busdongo), unas cuantas yeguas sestean

entre la niebla rodeando unos potreros. Como son *lechuzos* (mamones de pocos meses), las madres los protegen en el centro de un corro infranqueable. Observamos la escena ya otras veces, siempre que se acerca la noche, o intuyen las yeguas los peligros de los *chobos* en las entrañas de las tinieblas.

También cavilamos sobre la afición de los ganados a las yerbas cimaras de los cordales: las más cortas, duras, secanas..., de la braña. Las yerbas de las cumbres las prefieren los ganados, a pesar de que en esta época dispondrían de otras más fonderas, más largas, más blandas, esponjosas, verdes..., en el fondo del valles, junto a los ríos, en torno a los *chaguetes*, en las vegas, entre las lamas... También sabe elegir sus yerbas el ganado.

Las yerbas más sabrosas son las de los altos: cuanto más cortas, son las raíces más profundas

Recordamos las explicaciones (la lección) de algún vaquero observador. A nosotros llegó, entre versiones semejantes, por J. Manuel de La Covecheta. El hecho es que *el ganao* prefiere las yerbas más lejanas en las cimas y los *cantos*, a las otras más cómodas y abundantes en los valles más fonderos y más *yanos*.

Según los vaqueros, son las más sabrosas: azotadas por los vientos en todas direcciones, con la brisa siempre más o menos fría de la



El Chagu de La Paradiécha, a la hora de *sestiar*

cumbre, con las ventiscas, con las *nevás* y el *xelu* del invierno, con la brisa siempre fría de las noches, incluso veraniegas, en las brañas..., las yerbas no pueden crecer muchos centímetros en altura; no las dejan los rigores ni los vientos.

En consecuencia, para poder sobrevivir en la cima, más o menos alta, las plantas en general han de protegerse bajo tierra. Para ello, van hincando sus raíces, tanto más profundas cuanto más duras se vuelvan las condiciones externas.

El resultado es que las raíces de las yerbas, en esas condiciones tan adversas, pueden llegar a tener muchos centímetros de profundidad, y muy poca hoja o rama en la pradera.

De esta forma, cuanto más ahonde la raíz, más estratos atraviesa recogiendo de cada uno los

nutrientes más variados (calizas, minerales, sales diversas...). Y cuantos más sustancias, más diversidad de sabores, más intensos, más puros... (habría que preguntárselo a las vacas..., claro).

Pero sirvan los hechos: que los animales acostumbrados desde jóvenes a los pastos más altos, no se desavezan por mucho que se empuje el propio vaquero. En cuanto tenga ocasión, el animal avezado dejará la exuberancia de los llanos, y ascenderá a la escasez de los altos. Nadie le convencerá de lo contrario: prefiere arañar la dureza sabrosa de los *cantos*. Será por algo.

En otras ocasiones, salvan al ganado los mismos altos

Asociamos también a las cimas otras querencias del *ganao*. Es de dominio común entre los vaqueros

que, cuando nieva intensamente en suelos muy pendientes, las vacas, los caballos..., lejos de descender de los vericuetos más peligrosos donde los sorprende el temporal, continúan subiendo hasta los últimos recovecos de las cimas. Ni se plantean dar la vuelta y descender a las *cabanas*.

Lo que para el extraño pudiera resultar paradójico (una terquedad, o desorientación del ganado), para el vaquero experto resulta lo esperable: si el animal se pusiera a descender por la pendiente, a los primeros pasos, la nieve encajada entre los cascots (en los caballos), o entre las pezuñas (en las vacas), le haría resbalar y precipitarse vertiente abajo, con la desgracia asegurada. Bien intuyen el peligro hasta los terneros más pequeños.

En consecuencia, cuando el animal es sorprendido por la nieve en mal terreno, nunca intenta descender al llano, sino que busca la protección menos mala de la cumbre. Intuye la muerte en el descenso. Y no corre el riesgo.

Lo saben bien los ganaderos que han de subir a por ellos, haciéndolos descender con grandes rodeos, incluso por la otra cara de la ladera, y con kilómetros de vueltas. Tampoco los baja por la pendiente más corta: ni podría con ellos por mucho que los obligara.

Un bocata en la cara sur del Ceyón: al norte *nun hay quien pare*

Con estas cavilaciones sobre los gustos y prudencias del *ganao*,

vamos llegando al Picu'l Ceyón. Con el tiempo justo para husmear la correspondencia del buzón (sin correo electrónico aquí..., todavía...), buscamos cobijo en la cara sur del *picu*, para dialogar, también, con el bocata: *al norte, nun hay quien pare*.

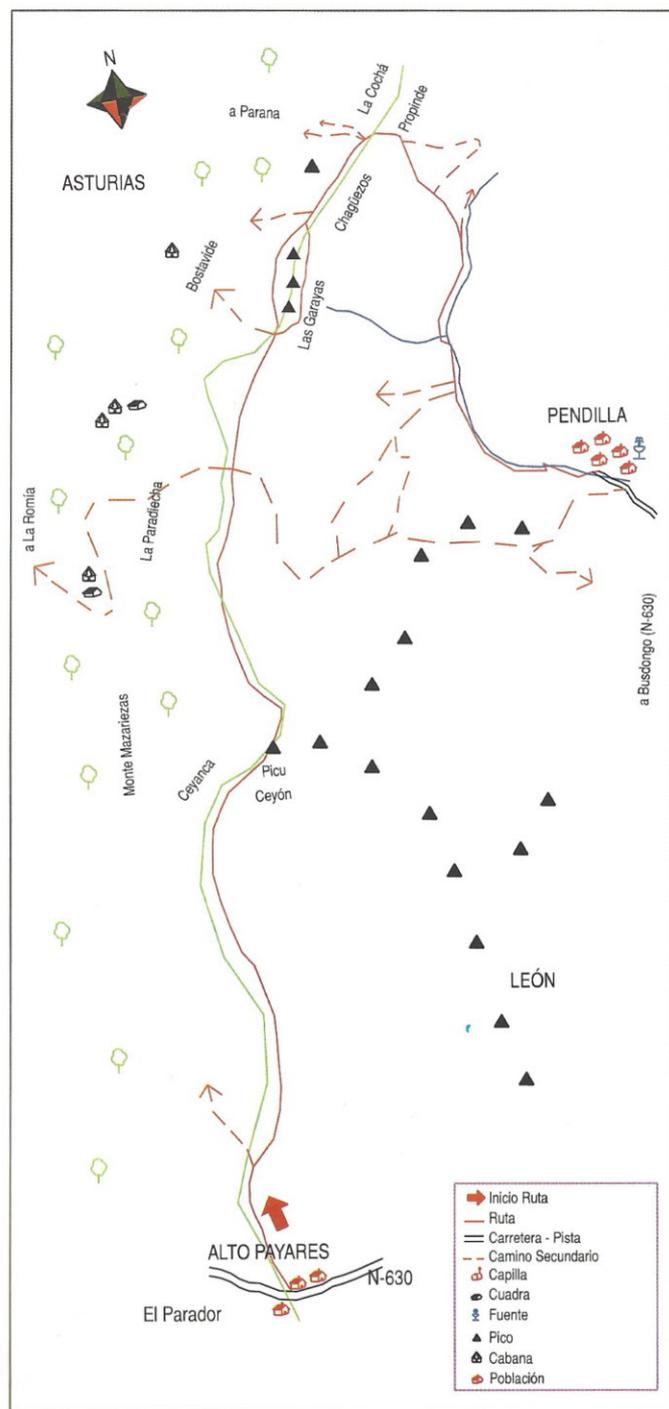
Volteamos unos metros al otro lado de la cresta, donde la brisa más fría de la *nublina* desaparece por encanto, diluida por un sol radiante sobre las vecinas lomas leonesas. Por un buen rato disfrutamos en otro *filanguiru* de sobremesa tan aireada.

Nos queda la duda del nombre del Ceyón (2026 m). Pero pensando en *Ceyanca* y *Ceyanquina* (un poco más abajo), suponemos sea metáfora debida a su aspecto encorvado, alto y, con frecuencia, ensombrecido por la niebla, o señalado por los últimos neveros (Lat. *cilium*, 'ceja').

Los Chagos Negros: las lagunas contenidas por las pizarras de la cima

Repuestos con el bocata, buscamos entre la niebla los 30° nordeste que marca la brújula en la loma divisoria de Lena con Pindiecha.

Cruzamos la primera vaguada (El Bueco'l Vachinón —que dicen los de Pendilla), tomamos la senda que se desvía en travesera hacia La Chomba, y comenzamos a contemplar los *chaguetes* que salpican los rellanos cimeros más empozados de La Parodiecha. A nuestra izquierda van quedando las cam-



peras que se cuelgan del *mismu picu* del Ceyón por Las Velongas.

Un poco más allá, Los Chagos Negros (varias lagunas sobre Escuenas) nos dan la razón del nombre: toda la zona es de pizarra (*cascaya* parda), de modo que las aguas ofrecen un tinte ‘oscuro, pizarrosa’. Los tonos ‘negros’ se acentúan, incluso, cuando los nevados circundantes relucen más blancos en pleno invierno.

El paso a Castilla por El Purtiichín d’Escuenas

Al tiempo que se abren a nuestra derecha y al fondo las casas lejanas de Pendilla, cruzamos El Purtiichín d’Escuenas: un canalizo en “uve”, tajado por el uso y por el tiempo en el punto menos abrupto al paso por el cordal.

Con muchos siglos anteriores, por tanto, a la alternativa del Payares (*camín real*, carretera, vía), el camino más corto era el que ascendía de La Romía, de Horria, de Fierros..., por La Paradiécha, Piedrafita, Los Pedrazos, *Escuenas*...; volteaba el alto y descendía a Pendilla, Camplongo, León...

La calzada que atraviesa El Purtiichín d’Escuenas todavía conserva la anchura necesaria, no sólo para el paso, sino para el cruce de los carros: en muchos tramos tiene más de cuatro metros de ancho entre los *pareones*, o por el monte abajo a ambos lados del cordal.

Con los mismos 30° nordeste, seguimos la loma que que asciende al Picu las Garayas (las *glayas*, en realidad), y da a La Cochá Bos-

tabide. La *nublina* anecia y se vuelve ciega, por lo que seguimos la línea marcada por los postes de la alambarrera en la raya divisoria con los pastos leoneses.

Las utres (los buitres) de Siirru Miriu

La senda sigue por la cara más bien surdeste de la loma, con menos maleza que la que mira al norte. En pocos minutos damos en La Cochá Bostabide: espacioso rellano en pando, sobre el que nos relajamos un buen rato, entre un sol radiante leonés, y el frescor suave que nos traen desde el bosque los vaivenes de la niebla.

Dejamos abajo, a nuestra izquierda, la *cabana* de la braña, y cresteamos en pocos minutos la loma hacia Siirru Miriu (unos 1800 m): saliente rocoso que conserva unos cuantos cercos de corros, por encima del castro de Chagüezos (allá descenderemos enseguida).

Desde los roquedos del crestón de Siirru Miriu, contemplamos el vuelo de un par de *utres* carroñeras que planean sobre La Paradiéchina, posiblemente avisadas de alguno de esos festines tan esperados por estas rapaces en el verano, como lamentados por los ganaderos propietarios, que sufren las desgracias de los ganados en la braña.

Y del castro de Propinde a Pendilla entre la niebla

Siempre en dirección nordeste, bordeamos por la izquierda el

crestón rocoso y descendemos al Cantón de Chagüezos. Con unas vueltas entre los restos del antiguo recinto castreño (unas 14 corras visibles en la cara leonesa), seguimos la línea del cordal, y sin perder de vista la alambrada entre la niebla, llegamos a La Cochá Propinde.

Finalmente, giramos unos 210° al suroeste y, vaguada abajo, to-

mamos la pista que en menos de una hora nos lleva ante las casas de Pendilla.

Con la inolvidable charla ofrecida por algunas abuelas del poblado (de más mozas, pastoras en los altos de Bostabide), aclaramos los parajes más *nublinosos* de la ruta.